

El peso de las palabras

*Hannah Levin Sutton**

Las palabras: trazos, figuras, pequeñas melodías que pueden llegar a tener el peso del mundo y, de igual forma, ser tan ligeras como su misma brevedad. Las palabras: supuesta herramienta de expresión. Preciosa abertura entre mundos ajenos. Pero ¿son en verdad esto que aparentan ser? o ¿son, en cambio, una terrible deformación del mundo del otro, a lo que nosotros llamamos comprensión? Al nombrar, ¿da uno un sentido o lo extingue por completo?

Y las palabras, ¿por qué? Al hombre le parece imposible vivir sin ellas. Son ellas, pues, las grietas, los desgarros que forman figuras a partir del silencio sin límites. Son ellas las que contienen por fin lo incontenible, lo incontenible de los sentidos sin sentido, figuras extrañas, cruda realidad. Y si esto es así, ¿deben tener un peso inmenso! que cuando miramos el mar, incomprensible océano, nos desborda, supera toda lógica y comprensión. Todo esto hasta que, inevitablemente, lo nombramos... y así deja de ser, y se vuelve simplemente *mar*. ¿Es esto posible? Interminable mar, contenido en tres simples letras.

Pero no olvidemos que para mí, *mar* es deseo, belleza insondable, vida, extraña libertad, reflejo perfecto, muerte. Y, sin embargo, para él, *mar* es vértigo, interminable sensación de todo y de nada, terror. Y para ella, *mar* es infancia, inocencia, levedad, ese llamado paraíso perdido. Y por supuesto, *mar* siempre es *mar*, siempre lo ha sido. Hasta que llega, de pronto, un extraño, hablando aparentes palabras que podrían ser risas desconocidas o melodías juguetonas. Sí, *mar* siempre es *mar*, hasta que, de un momento a otro, deja de serlo, para ser ahora *Meer*, para ser ahora *sea*. Y así entonces, *mar* llega a tener

* Colegio Israelita de México. CIM-ORT, Berlin International School, Arts Charter School (Miami, Florida). Correo electrónico: [hanna.levin@cimort.edu.mx].

todos los significados del mundo, y a su vez llega a perderlos todos, convirtiéndose en no más que un simple garabato.

El significado, entonces, le arrebató el sentido a la palabra; pero ¿no podría ser, de alguna forma, al contrario? Recuerdo las palabras de aquella joven, dichas con un dolor tan profundo, tan sincero. Ella sufría, sufría de *algo*. Era, sin embargo, incapaz de hablar de este dolor. Tenía miedo; pero no era un miedo a este *algo* en sí, sino a nombrarlo. Ella decía, si lo nombro, será reducido a un sonido, a un par de segundos, y luego ¿qué? ¿No puede ser sólo eso!

¿Cómo hablar, entonces, sobre algo innombrable?, y ¿cómo darle valor o existencia a algo sobre el cual no se puede hablar? Las palabras, en fin, no tienen sentido alguno. No son más que pura interpretación; pero ¿qué es el sentido, si no esto mismo? ¿No es, en verdad, la interpretación del hombre lo único que da sentido a toda cosa que, sin ésta, sería simplemente un *algo*, un *algo* inexistente? Y el hombre ¿cómo da sentido si no es nombrando?

Así entonces, se revela el bello poder de la palabra. ¿No son ellas, pues, las que nos dan un lugar primero en el mundo, al nuestros padres nombrarnos, para llevar luego este nombre, *ser* este nombre, inevitablemente, a lo largo de nuestras vidas?

Las palabras: trazos, figuras, pequeñas melodías, que pueden llegar a tener el peso del mundo y, de igual forma, ser tan ligeras como su misma brevedad. Y quien sea capaz de definir su verdadero sentido, sabría también sobre la vida, el tiempo y el fin de las cosas.

Fecha de recepción: 06/01/2021
Fecha de aceptación: 03/02/2021